

## El rey Luis XV

Luis XV entró con la cabeza erguida, con gentil talante, ojos alegres y la sonrisa en los labios.

Por entre la puerta abierta de par en par, se veía á su paso una doble fila de cabezas inclinadas, pertenecientes á cortesanos más ansiosos aun de ser introducidos, al ver en la llegada de S. M. una ocasión de hacer la corte á dos potencias á un tiempo.

Volviéron á cerrarse las puertas, y como el rey no hubiese hecho seña ninguna de que le siguieran, se halló solo con la condesa y el señor de Sartines.

No contamos la camarera íntima ni un negrito, porque éste y aquélla era como si no estuviesen presentes.

— Buenos días, condesa, dijo el rey besando la mano de madama Dubarry; ¡ á Dios gracias, os veo rozagante esta mañana! Buenos días, Sartines. ¿ Se trabaja hoy aquí? ¡ Hola! ¡ cuántos papeles! ¡ Bueno, bueno! ¡ ocultádmelos! ¡ Qué linda fuente, condesa!

Y con su curiosidad versátil, y disgustado, los ojos de Luis XV se fijaron en un gran chino que desde la vispera adornaba uno de los ángulos de la alcoba de la condesa.

— Señor, respondió madama Dubarry, como V. M. ve, es una fuente de China. Soltando la llave que tiene detrás, las aguas hacen gorjear á pájaros de porcelena, y nadar á peces de cristal; y luego se

abren las puertas de la pagoda para dejar pasar una hilera de mandarines.

— Es muy lindo, condesa.

En aquel momento pasó el negrito vestido con el traje fantástico y caprichoso con que en aquella época se vestían los Orosmanes y los Otelos. Llevaba un pequeño turbante con plumas rectas caído sobre la oreja, una chaquetilla de brocado de oro que dejaba ver sus brazos de ébano, unos anchurosos calzones de raso blanco bordado que bajaban hasta las rodillas, y una faja de vivos colores que sujetaba estos calzones á un chaleco bordado; un puñal guarnecido de piedras preciosas brillaba en su faja.

— ¡ Caramba! ¡ qué magnífico está hoy Zamora! exclamó el rey.

El negro se detuvo muy placentero delante de un espejo.

— Señor, tiene que pedir un favor á V. M.

— Señora, respondió Luis XV sonriendo con el mayor afecto, muy ambicioso me parece Zamora.

— ¿ Por qué, señor?

— Porque ya le habéis dispensado el mayor favor que él puede apetecer.

— ¿Cuál?

— El mismo que á mí.

— No comprendo, señor.

— Le habéis hecho vuestro esclavo.

El señor de Sartines se inclinó riendo y mordiéndose los labios á la vez.

— ¡ Sois encantador, señor! exclamó la condesa.

Luego inclinándose al oído del rey:

— La Francia, yo te adoro, le dijo en voz baja.

Luis se sonrió á su vez.

— Y bien, preguntó; ¿ qué pedís para Zamora?

— La recompensa de sus largos y numerosos servicios.

— Tiene doce años.

— De sus largos y numerosos servicios futuros.

— ¡ Ah, ah !

— Sí, señor; me parece que hace bastante tiempo que se recompensan los servicios pasados, y que sería ya tiempo de recompensar los futuros; de ese modo tendría uno más seguridad de que no le pagasen con ingratitudes.

— En verdad que no es mala la idea. ¿ Qué os parece de ella, señor de Sartines ?

— Que todos los servidores leales estarán satisfechos, y por consiguiente la apoyo, señor.

— En fin, veamos, condesa, qué es lo que queréis para Zamora.

— Señor, conocéis mi pabellón de Luciennes.

— Sólo he oído hablar de él.

— Vos tenéis la culpa, puesto que os he invitado cien veces á que lo vierais.

— Bien conocéis la etiqueta, querida condesa; á no estar de viaje, el rey no puede dormir sino en un palacio real.

— He ahí precisamente la gracia que tengo que pedir. Erigiremos á Luciennes en palacio real, y nombraremos á Zamora su gobernador.

— Condesa, eso sería una parodia.

— Sabéis, señor, que me gustan mucho.

— Eso haría gritar á los otros gobernadores.

— ¡ Gritar !

— Y esta vez con justicia.

— Tanto mejor; ¡ han gritado tan á menudo sin justicia ! Zamora, ponte de rodillas y da las gracias á S. M.

— ¡ Y de qué ? preguntó Luis XV.

El negro se arrodilló.

— De la recompensa que os concede por haber llevado la cola de mi vestido y hecho así rabiarse á los cortesanos rutineros y santurriones.

— En verdad que es feo á contento, dijo el rey soltando una careajada.

— Levántate, Zamora, dijo la condesa; estás ya nombrado.

— Pero verdaderamente, señora.....

— Me encargo de hacer expedir el decreto, el diploma, las provisiones; esto es asunto que me toca á mí. El vuestro es poder venir á Luciennes, sin faltar á la etiqueta. Desde hoy, mi rey, tenéis un palacio real más.

— ¿ Conocéis el medio de rehusarle alguna cosa, Sartines ?

— Tal vez exista, pero aun no se ha hallado.

— Y si se halla, señor, puedo responderos de que será el señor de Sartines el que haga ese bello descubrimiento.

— ¿ Qué decís, señora ? preguntó el subdelegado de policía temblando.

— Imaginaos, señor, que hace tres meses que estoy pidiendo al señor de Sartines una cosa, y que se la pido inútilmente.

— ¿ Y qué cosa le pedís ? preguntó el rey.

— ¡ Oh ! demasiado lo sabe él.

— Yo, señora, os juro.....

— ¿ Está en sus atribuciones ? repuso el rey.

— En las suyas ó en las de su sucesor.

— Señora, exclamó el señor de Sartines, me causáis una verdadera inquietud.

— ¿ Qué es lo que le pedís ?

— Que me busque un adivino.

El señor de Sartines respiró.

- Para mandar quemarlo, dijo el rey. ¡ Oh ! ahora hace mucho calor, aguardad al invierno.
- No, señor, para darle una varita de oro.
- ¡ Os ha predicho ese adivino una desgracia que no os ha sucedido, condesa ?
- Al contrario, señor, me ha predicho una ventura que me ha acaecido.
- ¡ Acaecido completamente ?
- Casi completamente.
- Contadme eso, condesa, dijo Luis XV arrellenándose en un sillón, y con el tono de un hombre que no está muy seguro de si va á divertirse ó á fastidiarse, pero que se aventura.
- Os lo contaré con mucho gusto, pero habéis de dar la mitad de la recompensa.
- Toda entera, si es preciso.
- Muy bien, he ahí una palabra real.
- Ya escucho.
- Doy principio. Había en cierta ocasión.....
- Eso comienza como un cuento de hada.
- Lo es, señor.
- ¡ Ah ! tanto mejor ; me gustan mucho los encantadores.
- Vos sois platero, señor Josse. Había, pues, en cierta ocasión una pobre joven que á la sazón no tenía pajes, ni carruajes, ni negro, ni peluca, ni titi.
- Ni rey, dijo Luis XV.
- ¡ Oh, señor !
- ¡ Y qué hacia esa joven ?
- Correteaba.
- ¡ Cómo es eso de correteaba ?
- Sí, señor, por las calles de París á pie, como una simple mortal. Sólo que andaba más á prisa cuando le decían que era linda y tenía miedo de que su hermosura le ocasionase algún mal encuentro.

- ¡ Luego esa joven era una Lucrecia ? preguntó el rey.
- V. M. sabe bien que de un año acá... no sé desde cuándo, desde la fundación de Roma, no hay Lucrecias.
- ¡ Dios mío ! Condesa, condesa, ¡ os habréis hecho sabia por casualidad ?
- No, señor ; si me hubiese hecho sabia, habría citado una falsa fecha, pero al cabo la habría citado.
- Cierto es, dijo el rey : continuad.
- Andaba, andaba, andaba, atravesando las Tulle-rias, cuando de súbito notó que la seguían.
- ¡ Diante ! dijo el rey ; entonces se paró.
- ¡ Dios mío ! ¡ qué mala opinión tenéis de las mujeres, señor ! Bien se conoce que nunca habéis conocido más que marquesas, duquesas y...
- Y princesas, ¿ no es verdad ?
- Soy demasiado cortés para contradecir á V. M. Pero lo que más le asustaba era que hacia una niebla cada vez más densa.
- Sartines, ¿ sabéis lo que forma la niebla ?
- El subdelegado de policía, preguntado de impro-viso, se estremeció.
- Á fe mía que no, señor.
- Y bien, tampoco yo, dijo Luis XV. Continúad, querida condesa.
- Apeló pues á sus piernas : había pasado la reja, y se hallaba en la plaza que tiene el honor de llevar el nombre de V. M., cuando de repente el desconocido que la seguía, y del que ya se creía desembarazada, se halló cara á cara con ella. La joven lanzó un grito.
- Conque tan feo era.
- Al contrario, señor, era un hermoso joven de veintiséis á veintiocho años, de tez morena, ojos ras-gados, y de sonora voz.

— Condesa, ¿y tenía miedo vuestra heroína? ¡Caramba, qué asustada estaba!

— Lo quedó algo menos cuando le vió, señor. Sin embargo, la situación no era lisonjera; pues, gracias á la niebla, si el desconocido abrigaba malas intenciones, no había que esperar socorro; así, juntando las manos:

— ¡Oh, señor! os suplico que no me hagáis ningún mal, le dijo.

El desconocido meneó la cabeza con una encantadora sonrisa.

— Dios es testigo de que no tengo semejante intención, le respondió.

— ¿Qué queréis, pues?

— Obtener de vos una promesa.

— ¿Qué puedo yo prometeros?

— El concederme el primer favor que yo os pida cuando...

— ¿Cuándo? repitió la joven con curiosidad.

— Cuando seáis reina.

— ¿Y qué hizo la joven?

— Señor, creía que no se obligaba á nada, y prometió..

— ¿Y el adivino?

— Desapareció.

— ¿Y el señor de Sartines se niega á buscar al adivino? No tiene razón.

— Señor, yo no me niego, sino que no puedo.

— ¡He ahí una palabra, señor subdelegado, que no debiera hallarse en el diccionario de la policía! dijo la condesa.

— Señora, se le siguen las huellas.

— ¡Ah, sí! la frase sacramental.

— No, señora; es la verdad. Pero ya conoceréis que las señas que dais son muy incompletas.

— ¡Cómo! joven, hermoso, tez morena, cabello negro, ojos magníficos, una voz sonora.

— ¡Caramba, condesa, de qué modo habláis! Sartines, os prohibo buscar á ese perillán.

— No tenéis razón, señor, porque sólo tengo que hacerle una pregunta.

— ¿Luego se trata de vos?

— Sin duda.

— Pues bien; ¿qué es lo que tenéis ya que preguntarle? La predicción se ha cumplido.

— ¿Vos lo creéis?

— Sin duda. Sois reina.

— Poco menos.

— Así, nada tiene que deciros.

— Si tal. Tiene que decirme cuándo será presentada esta reina. No basta reinar por la noche, señor; es preciso reinar también un poco por el día.

— Eso no depende del adivino, dijo Luis XV prolongando sus labios á fuer de hombre que ve pasar la conversación á un terreno resbaladizo.

— Entonces, ¿de quién depende?

— De vos.

— ¿De mí?

— Sí, ciertamente. Hallad una madrina.

— ¡Entre vuestras santurranas de la corte! Bien sabe V. M. que es imposible, porque todas están vendidas á los Choiseul, á los Praslin.

— Vamos; creía que habíamos quedado en no volver á hablar del uno ni del otro.

— Yo no he prometido eso, señor.

— Pues bien, os pido una cosa.

— ¿Qué cosa?

— Dejarlos quietos en su sitio, y que permanezcáis en el vuestro. Creedme, vos ocupáis el mejor puesto.

— ¡ Pobres negocios extranjeros ! ¡ Desventurada marina !

— Condesa, por Dios santo, no habléis de política conmigo.

— Sea así ; pero no podréis impedirme que hable de ella yo sola.

— ¡ Oh ! sola, cuanto queráis.

La condesa alargó la mano á un canastillo lleno de frutas, cogió dos naranjas, y las hizo saltar alternativamente en su mano, diciendo :

— ¡ Salta, Praslin ! ¡ salta, Choiseul ! ¡ salta, Praslin ! ¡ salta, Choiseul !

— Y bien, ¿ qué estáis haciendo ?

— Señor, estoy usando del permiso que me ha dado V. M. : estoy haciendo saltar al ministerio.

En aquel momento entró Dorea, y dijo una palabra al oído de su ama.

— ¡ Oh, ciertamente ! exclamó ésta.

— ¿ Qué hay ? preguntó el rey.

— Chon que llega de viaje, señor, y que solicita presentar sus homenajes á V. M.

— ¡ Que entre, que entre ! En efecto, hace cuatro ó cinco días que sentía que me faltaba algo, sin saber qué.

— ¡ Gracias, señor ! dijo Chon entrando.

Luego, acercándose al oído de la condesa :

— ¡ Está corriente ! le dijo.

La condesa no pudo contener un ligero grito de alegría.

— Y bien, ¿ qué hay ? preguntó Luis XV.

— Nada, señor ; estoy alegre de verla, eso es todo lo que hay.

— Y yo también. Buenos días, pequeña Chon, buenos días.

— ¿ Me permite V. M. decir dos palabras á mi hermana ? preguntó Chon.

— Díselas, díselas, hija mía. Entretanto voy á preguntar á Sartines de dónde vienes.

— Señor, dijo el señor de Sartines, que quería eludir la pregunta, ¿ se dignará V. M. concederme un instante ?

— ¿ Para qué ?

— Para hablaros de cosas de la mayor importancia, señor.

— Muy poco tiempo tengo, señor de Sartines, replicó el rey después de bostezar.

— Dos palabras solamente, señor.

— ¿ Sobre qué ?

— Sobre esos sonámbulos, esos iluminados, esos desenterradores de milagros.

— ¡ Bah ! unos charlatanes. Dadles patentes de juglares, y no serán temibles.

— Señor, insistiré en decir á V. M. que la situación es más grave de lo que se cree. Á cada instante se están abriendo nuevas logias, y ya no es, señor, una sociedad, sino una secta en que se afilian todos los enemigos de la monarquía : los ideólogos, los enciclopedistas, los filósofos. Van á recibir con gran pompa al señor de Voltaire.

— Está de muerte.

— ¿ Quién, él ? ¡ Oh, no, no, señor ! No es tan tanto.

— Se ha confesado.

— Es una astucia.

— En hábito de capuchino.

— Es una impiedad. Señor, todo se agita, se escribe, se habla, se cotiza, se corresponde, se intriga, se amenaza. Aun algunas palabras que se escaparon á socios indiscretos, indican que están aguardando algún jefe.

— Pues bien, Sartines, cuando llegue ese jefe, le atraparéis, le meteréis en la Bastilla, y punto concluido.

— Señor, esos hombres tienen muchos recursos.

— ¿Y tendríais vos menos que ellos, siendo como sois subdelegado de policía de un gran reino?

— Señor, han obtenido de V. M. la expulsión de los jesuitas; la que hubieran debido pedir era la de los filósofos.

— Vamos, volvéis ahora á vuestros plumistas.

— Señor, son plumas peligrosas las que se tajan con el cortaplumas de Damiens.

Luis XV palideció.

— Esos filósofos á quienes despreciáis, señor, continuó diciendo el señor de Sartines.

— ¿Qué?

— Os lo digo, van á perder vuestra monarquía.

— ¿Cuánto tiempo necesitan para eso?

El subdelegado de policía miró á Luis XV con ojos asombrados.

— ¿Acaso puedo saberlo yo, señor? Quince años, veinte, tal vez treinta.

— Pues bien, mi querido amigo, le dijo Luis XV, dentro de quince años estaré con los muertos; así id á hablar de eso á mi sucesor.

Y el rey se volvió hacia madama Dubarry, la cual parecía esperar aquel momento.

— ¡Dios mío! ¿qué es lo que me dices, Chon! exclamó la condesa dando un gran suspiro.

— Sí, ¿qué dice? preguntó el rey; porque ambas á dos tenéis un aire fúnebre.

— ¡Ah, señor! respondió la condesa. ¡Hartos motivos hay para ello!

— Vamos, hablad, ¿qué ha sucedido?

— ¡Pobre hermano!

— ¡Pobre Juan!

— ¿Crees tú que será preciso amputárselo?

— Espero que no.

— ¿Amputarle qué? preguntó el rey.

— Un brazo, señor.

— ¡Amputar un brazo al vizconde! ¿Y por qué?

— Porque está herido gravemente.

— ¡Herido gravemente en un brazo!

— ¡Oh, Dios mío! sí, señor.

— En algún zipizape, en alguna casa de baños, en algún trinquete.

— No, señor, en el camino real.

— ¿Pero cómo ha sido?

— Le han querido asesinar, he ahí la causa.

— ¡Pobre vizconde! exclamó Luis XV que se compadecía muy poco del prójimo, pero que sabía fingirlo á las mil maravillas. ¡Asesinarlo! ¡Ah, eso es muy grave! ¿Qué decís, señor de Sartines?

El señor de Sartines, mucho menos inquieto de lo que el rey aparentaba estar, pero en realidad mucho más conmovido, se acercó á las dos hermanas.

— ¿Es posible que haya sucedido tal desgracia, señoras? preguntó con ansiedad.

— Sí, infelizmente, señor; es posible, respondió Chon lloramando.

— ¡Asesinado! ¿Y cómo?

— En una emboscada.

— ¡En una emboscada!... ¡Conque esas tenemos! Sartines, dijo el rey, me parece que ese es negocio de vuestra incumbencia.

— Contadnos eso, señora, dijo el señor de Sartines. Pero os suplico que vuestro justo resentimiento no os haga exagerar las cosas. Siendo más justos, seremos más severos, y á veces los hecho vistos de cerca y á sangre fría pierden de su gravedad.

— ¡Oh! no me lo han dicho, exclamó Chon, lo he visto con mis propios ojos.

— Y bien, ¿qué es lo que has visto tú, gran Chon? preguntó el rey.

— He visto á un hombre que se ha arrojado á mi hermano, que le ha forzado á empuñar la espada, y le ha herido gravemente.

— ¿ Estaba solo ese hombre ? preguntó el señor de Sartines.

— Nada de eso ; tenía consigo otros seis.

— ¡ Pobre vizconde ! dijo el rey sin separar la vista de la condesa para apreciar el grado exacto de su aflicción y arreglar por él la suya. ¡ Pobre vizconde ! ¡ obligarle á batirse !

Vió en los ojos de la condesa que ésta no se cansaba.

— ¡ Y herido ! añadió con voz muy lastimosa.

— Pero ¿ cuál fué el origen de esa pendencia ? preguntó el subdelegado de policía tratándole siempre de descubrir la verdad por entre los rodeos en que estaba para escapársele.

— El más frívolo, señor ; fué por unos caballos de posta que negaban al vizconde, el cual tenía prisa de volver al lado de mi hermana, á quien había yo prometido llegar esta mañana.

— ¡ Ah ! eso pide venganza, dijo el rey. ¿ No es verdad, Sartines ?

— Ya lo creo, señor, respondió el subdelegado de policía ; y voy á tomar mis informes. ¿ El nombre del agresor, señora, si tenéis á bien ? ¿ su calidad, su estado ?

— ¿ Su estado ? es un militar, un oficial de los gendarmes, delfin, á lo que creo. En cuanto á su nombre, se llama Baverney, Faverney, Taverney ; si eso es, Taverney.

— Señora, dijo el señor de Sartines, mañana dormirá en la Bastilla.

— ¡ Oh, no ! dijo la condesa, quien hasta entonces

había guardado el más diplomático silencio. ¡ Oh, eso no !

— ¡ Qué es eso de no ! preguntó el rey. ¿ Y por qué no ha de prenderse á un tunante ? Bien sabéis que me son insoportables los militares.

— Y yo, señor, repitió la condesa con el mismo aplomo, os digo que no haré nada al que ha asesinado al señor de Dubarry.

— ¡ Está bueno eso, condesa ! replicó Luis XV. ¡ Es muy particular ! os ruego que me lo expliquéis.

— Es muy fácil. Alguno le defenderá.

— ¿ Quién es ese alguno ?

— Quien le ha instigado á obrar.

— ¿ Y ese le defenderá contra nosotros ? ¡ Oh ! mucho es eso, condesa.

— Señora, balbuceó el señor de Sartines, viendo acercarse la nube y tratando de conjurarla.

— Contra vos, sí, contra vos : y no hay ¡ oh ! ¡ oh ! que valga. ¿ Acaso sois vos quien manda ?

El rey sintió el golpe que el señor de Sartines había visto venir, y se escudó.

— ¡ Ah, ya ! dijo. Vamos á meternos en razones de Estado, y á fundar un pobre duelo en motivos del otro mundo.

— ¡ Ah, ya lo estáis viendo ! dijo la condesa. ¡ Conque ya me abandonáis, y ese asesinato de hace un momento no es más que un duelo, porque ahora dudáis de dónde nos viene !

— ¡ Bueno ! acertamos, dijo Luis XV soltando la llave de la fuente con que se había puesto á jugar, haciendo cantar á los pájaros, nadar á los peces y salir á los mandarines.

— ¿ Vos no sabéis de dónde nos viene el tiro ? preguntó la condesa manoseando las orejas de Zamora, que estaba echado á sus pies.

- No, á fe mía, respondió Luis XV.
- ¿Y no lo sospecháis?
- Os juro que no. ¿Y vos, condesa?
- Pues bien, yo lo sé y voy á decíroslo, aunque estoy segura de que no es nuevo para vos.
- ¡Condesa, condesa! dijo Luis XV tratando de recobrar su dignidad. ¿Sabéis que estáis desmintiendo al rey?
- Señor, acaso soy algo viva, verdad es; pero si creéis que he de dejar al señor de Choiseul matar á mi hermano.....
- ¡Bueno, ya tenemos en danza al señor de Choiseul! dijo el rey con un tono que aparentaba le sorprendía aquel nombre que hacía diez minutos temía verlo figurar en la conversaci6n.
- ¡Bueno está eso! Señor, si vos os obstináis en no ver que es mi más cruel enemigo, yo lo veo, y muy claramente, porque él no se toma el trabajo de ocultar el odio que me profesa.
- Hay mucha distancia entre aborrecer á las personas y asesinarlas, condesa.
- Para los Choiseul todas las cosas son iguales.
- ¡Ah, querida amiga! ¡Volvemos aun á las razones de Estado!
- ¡Dios mío, Dios mío! Decidme, señor de Sartes, si esto es soportable.
- Sin duda que no, si fuese lo que creéis.....
- Lo que creo es que no me defendéis, he ahí todo; y aun diré más, estoy segura de que me abandonáis, exclamó la condesa con violencia.
- ¡Oh, no os incomodéis, condesa! dijo Luis XV. No solamente no seréis abandonada, sino que os defenderán, y tan bien.....
- ¡Tan bien!.....

— Tan bien que ha de costar caro al agresor de ese pobre Juan.

— Sí, eso es, se despedazará el instrumento y se apretará la mano.

— ¿No es justo castigar al que ha dado el golpe, á ese señor de Taverney?

— Sin duda que es justo, pero lo que hacéis por mí, lo haríais por un tendero de la calle de San Honorato, á quien un soldado diese de golpes en el teatro. Os advierto que no quiero ser tratada como cualquier otro. Si no hacéis más por aquellos á quienes amáis que por los indiferentes, prefiero el aislamiento y la oscuridad de estos últimos, puesto que, á lo menos, no tienen enemigos que los asesinen.

— ¡Ah, condesa, condesa! dijo tristemente Luis XV. ¡Yo que por casualidad me he levantado hoy tan alegre, tan feliz, tan contento, cuanto vos os empeñáis en echar á perder mi hermosa mañana!

— ¡Vaya una cosa adorable! ¡Pues á fe que tengo yo una mañana muy linda, yo á quien asesinan la familia!

El rey, á pesar del temor interior que le inspiraba la tempestad que en torno suyo zumbaba, no pudo menos de sonreír á esta palabra: asesinan.

La condesa se levantó furiosa.

— ¡Me gusta el modo que tenéis de quejaros! dijo.

— ¡Vamos, vamos, no os enfadéis!

— Me enfado, y quiero enfadarme.

— No tenéis razón, porque cuando os sonreís estáis hechicera, mientras la cólera os pone fea.

— ¿Qué me importa? ¿Acaso tengo yo necesidad de estar bella, cuando mi belleza no me impide de ser sacrificada á las intrigas?

— ¡Vamos, condesa!

— No, elegid entre mí y Choiseul.



— Querida hermosa, es imposible la elección, porque ambos me sois necesarios.

— Entonces yo me retiro.

— ¿ Vos ?

— Sí, dejo el campo libre á mis enemigos. ¡ Oh ! me moriré de pesar, pero el señor de Choiseul estará satisfecho, y eso os consolará.

— Pues bien; yo os juro, condesa, que él lejos de teneros el menor odio, os quiere entrañablemente. Al cabo es un hombre muy galante, añadió el rey cuidando de que el señor de Sartines oyera bien estas últimas palabras.

— ¡ Un hombre galante ! Vos me exasperáis, señor. Un hombre galante que manda asesinar á las gentes.

— ¡ Oh, eso aun no lo sabemos ! dijo el rey.

— ¡ Y además, se aventuró á decir el subdelegado de policía, es tan picante y natural una pendencia entre hombres de espada.

— ¡ Hola, hola ! replicó la condesa; también vos, señor de Sartines.

El subdelegado de policía comprendió el valor de ese *tu quoque*, y retrocedió ante la cólera de la condesa.

Sucedió un momento de sordo y amenazador silencio.

— Ahí tenéis, Chon, dijo el rey en medio de esta consideración general: ahí tenéis el resultado de vuestra obra.

Chon bajó los ojos con hipócrita tristeza.

— Perdóneme el rey, dijo, si el dolor de hermana ha subyugado la fuerza de alma de súbdita.

— ¡ Buena alhaja ! murmuró el rey... Vamos, condesa, no seáis rencorosa.

— ¡ Oh, no, señor ! No tengo ningún rencor. Sólo que me voy á Luciennes, y de allí á Boloña.

— ¿ Al puerto de Boloña ? preguntó el rey.

— Sí, señor; me voy de un país en que el rey tiene miedo al ministro.

— ¡ Madama ! dijo Luis XV ofendido.

— ¡ Y bien ! señor, permitid que me retire, para no faltar por más tiempo al respeto á V. M.

Levantóse la condesa, observando al soslayo el efecto que producía su movimiento.

Luis XV dió un suspiro de cansancio, suspiro que quería decir :

— Mucho me fastidio aquí.

Chon adivinó el sentido de aquel suspiro, y comprendió que sería peligroso para su hermana el llevar más adelante la querrela. Detuvo, pues, á su hermana por el vestido, y dirigiéndose al rey

— Señor, le dijo, el amor que mi hermana profesa al pobre vizconde la ha arrastrado demasiado lejos... la falta ha sido mía, y yo soy quien debe repararla. Me coloco en la clase de la más humilde súbdita de V. M., y le pido justicia para mi hermano; á nadie acuso; la sabiduría del rey sabrá distinguir perfectamente.

— ¡ Dios mío ! todo lo que yo pido no es más que justicia; sí, pero que la justicia sea imparcial. Si un hombre no ha cometido un crimen, que no se le impute; y si lo ha cometido, que se le castigue.

Y al decir estas palabras, Luis XV miraba á la condesa tratando de reconquistar, si posible le era, los despojos de la alegre mañana que se había prometido, y que tan lúgubramente terminaba.

La condesa era tan buena, que se compadeció de la ociosidad del rey que le entristecía y fastidiaba en todas partes, menos al lado de ella.

Volvióse á medias, porque ya había principiado á marchar hacia la puerta.

— ¿ Acaso pido yo tampoco otra cosa ? dijo con

adorable resignación; pero que no se rechacen mis sospechas cuando las manifiesto.

— Vuestras sospechas me son sagradas, condesa, exclamó el rey, y que se conviertan en una ligera certidumbre, y ya veréis. Pero ya caigo; hay un medio muy sencillo...

— ¿Qué medio, señor?

— Que venga aquí el señor de Choiseul.

— ¡Oh! V. M. sabe bien que jamás viene, porque se desdénia de entrar en el aposento de la amiga del rey. Su hermana no es como él, no apetecería otra cosa.

El rey se echó á reir.

— El señor de Choiseul remeda al señor Delfín, continuó la condesa animada. No quieren comprometerse.

— El señor Delfín es un religioso, condesa.

— Y el señor de Choiseul un tartufo, señor.

— Os digo, querida amiga, que tendréis el placer de verle aquí, porque voy á mandar llamarle. Se trata del servicio de Estado, preciso será que venga, y entonces le haremos explicarse en presencia de Chon que lo ha visto todo. Confrontaremos, como se dice en Palacio, ¿no es verdad, Sartines? Que vayan á llamar al señor de Choiseul.

— Y á mí que me traigan mi tití, Dorea; ¡mi tití! ¡mi tití! gritó la condesa.

Á estas palabras dirigidas á la doncella que se hallaba en un gabinete de tocador y que pudieron ser oídas desde la antecámara, puesto que fueron pronunciadas precisamente en el momento de abrirse la puerta ante el ujier enviado á llamar al señor de Choiseul, respondió una voz cascada y estrepajosa:

— El tití de la señora condesa debo ser yo; ¡me presento, corro, aquí estoy!

Y se vió entrar ligeramente á un gibosillo vestido con elegancia.

— ¡El duque de Tresmes! exclamó la condesa impaciente; no os he mandado llamar, duque

— Vos habéis mandado venir vuestro tití, señora, dijo el duque saludando al rey, á la condesa y al señor de Sartines, y como entre todos los cortesanos no he visto un mono más feo que yo, por eso he corrido.

Y el duque se echó á reir enseñando unos dientes tan largos que la condesa no pudo menos de reirse también.

— ¿Me he de quedar? preguntó el duque como si hubiese sido el favor ambicionado en toda su vida.

— Preguntadlo al rey que es aquí el amo, señor duque.

El duque se volvió hacia el rey en ademán suplicatorio.

— Quedaos, duque, quedaos, dijo el rey encantado de acumular distracciones en torno suyo.

En aquel momento el ujier de servicio abrió la puerta.

— ¡Ah! dijo el rey con una ligera sombra de disgusto, ¿ha venido ya el señor de Choiseul?

— No, señor, respondió el ujier, es monseñor el Delfín que desea hablar á V. M.

La condesa dió un brinco de alegría, porque creía que el Delfín se aproximaba á ella; pero Chon, que estaba en todo, frunció las cejas.

— ¡Y bien! ¿en dónde está el Delfín? preguntó el rey impaciente.

— En el aposento de S. M. aguardando á que V. M. vuelva.

— Está destinado que no tendré un instante de sosiego, dijo incomodado el rey.

Luego, de súbito, comprendiendo que aquella audiencia pedida por el Delfín le ahorra, á lo menos

momentáneamente, la escena con el señor de Choiseul, varió de modo de pensar.

— Allá voy, allá voy, dijo. Condesa, ya véis qué desgraciado soy, cómo me atormentan.

— ¿V. M. se va, exclamó la condesa, en el momento en que va á llegar el señor de Choiseul?

— ¿Qué queréis? El rey es el primer esclavo. ¡Ah! si supieran los señores filósofos lo que es ser rey, y especialmente de Francia!

— ¡Pero, señor, quedaos!

— ¡Oh! no puedo hacer aguardar al Delfín, pues ya dicen que no amo más que á mis hijas.

— Pero, en fin, ¿qué he de decir al señor de Choiseul?

— Y bien; diréisle que vaya á mi aposento, condesa.

Y para obviar toda observación, el rey besó la mano de la condesa, que estaba trémula de cólera, y desapareció corriendo, como tenía de costumbre siempre que temía perder el fruto de una batalla ganada por sus contemporizaciones y su astucia.

— ¡Oh! se nos escapa otra vez! exclamó la condesa dándose una palmada con despecho.

Pero el rey no pudo ya oír aquesta exclamación; porque habían cerrado ya la puerta, y atravesaba la antecámara diciendo:

— Entrad, señores, entrad. La condesa consiente en recibirlos. Sólo que la hallaréis muy triste por el accidente ocurrido al pobre Juan.

Los cortesanos se miraban atónitos, porque ignoraban qué accidente podía haber sucedido al vizconde.

Muchos de ellos creían que había muerto.

Arregláronse sus rostros de circunstancia; los más alegres tomaron el aire más triste, y entraron.

## ÍNDICE

	Pág.
INTRODUCCIÓN. — I. — El Mont-Tonnerre . . . . .	7
II. — El que es . . . . .	45
III. — L., P., D. . . . .	28

I. — La tempestad . . . . .	43
II. — Althotas . . . . .	56
III. — Gilberto . . . . .	69
IV. — El barón de Taverney . . . . .	85
V. — Andrea de Taverney . . . . .	95
VI. — Eureka . . . . .	108
VII. — Atracción . . . . .	119
VIII. — Nicole Legay . . . . .	138
IX. — Camarera y ama . . . . .	134
X. — El amanecer . . . . .	168
XI. — Felipe de Taverney . . . . .	178
XII. — Maria Antonieta Josefa, archiduquesa de Austria . . . . .	190
XIII. — Magia . . . . .	201
XIV. — El barón de Taverney cree al fin percibir algún vislumbre en el porvenir . . . . .	215
XV. — Los veinte luses de Nicole . . . . .	227